

Marilia de Dirceo

de Tomás Antonio Gonzaga

(fragmento)

Jorge Ruedas de la Serna

LXXXVIII

Aquel que ciego hizo Naturaleza,
con bordón palpa y al que va pregunta;
y aún se despeña muchas veces,
¡y dos remedios junta!

De ser Fortuna ciega no me quejo,
sí me quejo que mala ciega sea:
la ciega que ni palpa ni pregunta,
es porque errar desea.

Quien no tiene virtudes ni talentos,
ella, Marilia, hace de un cetro dueño;
cría en pobre cuna una alma digna
de sentarse en un trono.

A quien gastar no sabe ni se anima
entrega las gruesas llaves de un tesoro;
y lanza en la miseria a quien conoce
para qué sirve el oro.

LXXXVIII

Aquele a quem fez cego a Natureza,
co bordão apalpa e aos que vêm pergunta;
ainda se despenha muitas vezes,
e dois remédios junta!

De ser cega a Fortuna eu não me queixo,
sim me quixo de que má cega seja:
cega que nem pergunta nem apalpa,
é porque errar deseja.

A quem não tem virtudes, nem talentos,
ela, Marília, faz de um cetro dono;
cria num pobre berço uma alma digna
de se sentar num trono.

A quem gastar não sabe nem se anima
entrega as grossas chaves de um tesoiro;
e lança na miséria a quem conhece
para que serve o oiro.

A quien hiere, a quien roba, infame deja
que atrás del vicio libremente corra;
De Imperio la ley honro, ella me oprime
en esta vil mazmorra.

Mas ¡ah!, Marilia mía, que esta queja
con sólida razón no se coaduna.
Como me quejo de Fortuna tanto,
¿será que no hay Fortuna?

Los hados, los destinos, esa diosa,
que sabios fingen que una rueda mueve,
es de la Providencia mano oculta,
sabía mano de Jove.

Somos nosotros ciegos, que no vemos
a qué fin nos conduce de este modo;
por torcidas estradas, ruines sendas
camina al bien de todos.

Alégrese el perverso con las dichas,
con su merecimiento el virtuoso;
parecer desgraciado, ¡oh! bella mía,
es mucho más honroso.

XCIV

Si el vasto mar se encapilla
y en la roca en flor revienta,
gruesa nao, sin tener leme,
sustentarse en vano intenta;
hasta que naufraga y corre
a antojo de la tormenta.

A quem fere, a quem rouba, a infame deixa
que atrás do vício em liberdade corra;
eu honro as leis do Império, ela me oprime
em esta vil masmorra.

Mas ah! minha Marília, que esta queixa
co'a sólida razão se não coaduna!
Como me queixo da Fortuna tanto,
se sei não há Fortuna?

Os fados, os destinos, essa deusa,
que os sábios fingem que uma roda move,
é só a oculta mão da Providência,
a sábia mão de Jove.

Nós é que somos cegos, que não vemos
a que fins nos conduz por estes modos;
por torcidas estradas, ruins varedas
caminha ao bem de todos.

Alegre-se o perverso com as ditas,
co seu merecimento o virtuoso;
parecer desgraçado, ó minha bela,
é muito mais honroso.

XCIV

Se o vasto mar se encapela
e na rocha em flor rebenta,
grossa nau, que não tem leme,
em vão sustentar-se intenta;
até que naufraga e corre
à discricão da tormenta.

Quien no tiene una belleza,
en quien ponga su cuidado,
si el cielo cubre de nubes,
y si sopla el viento airado,
no cría fuerzas que resistan
al impulso de su hado.

En esta sombría mazmorra,
adonde, Marilia, vivo,
recuesto en la mano el rostro,
quedo a veces pensativo.
¡Ah! ¡qué imágenes funestas
me finge el pesar activo!

Parece que veo la honra,
Marilia, toda enlutada;
la faz de un padre, rugosa,
en mar de llanto bañada;
los amigos macilentos,
la familia consternada.

Quiero volver mis ojos
para otro diverso lado:
veo en una grande plaza
un teatro levantado;
veo las cruces, veo los potros,
veo el alfanje afilado.

Un frío sudor me cubre,
laxan los miembros, suspiro;
busco alivio a mis ansias,
no lo descubro, deliro.
Ya, mi bien, ya me parece,
que en mano de muerte expiro.

Quem não tem uma beleza,
em que ponha o seu cuidado,
se o céu se cobre de nuvens,
e se assopra o vento irado,
não tem forças que resistam
ao impulso do seu fado.

Nesta sombria masmorra,
aonde, Marília, vivo,
encosto na mão o rosto,
fico às vezes pensativo.
Ah! que imagens tão funestas
me finge o pesar activo!

Parece que vejo a honra,
Marília, toda enlutada;
a face de um pai, rugosa,
num mar de pranto banhada;
os amigos macilentos,
e a família consternada.

Quero voltar os meus olhos
para outro diverso lado:
vejo nua grande praça
um teatro levantado;
vejo as cruces, vejo os potros,
vejo o alfanje afiado.

Um frio suor me cobre,
lassam-se os membros, suspiro;
busco alívio às minhas ânsias,
não o descubro, deliro.
Já, meu bem, já me parece,
que nas mãos da morte expiro.

Ahí viene al pensamiento
esa tu testa nevada,
tus melifluos, vivos ojos,
esa tu faz sonrosada,
esos dientes cristalinos,
esa tu boca agraciada.

Cual, Marília, estrella de alba,
que la negra noche ahuyenta;
cual sol, que la niebla esparce,
si ya la tierra calienta;
o iris, que el cielo limpia,
cuando se ve en la tormenta.

Así, Marília, destierro
triste ilusión y demencia;
hace de nuevo su oficio
la razón y la prudencia;
y firmo esperanzas dulces
en la cándida inocencia.

Restauero fuerzas perdidas,
viva color sube al rostro,
gira sangre por la vena
y late el pulso, compuesto.
¡Ve, Marília, cuánto puede
contra mis males tu rostro!

Vem-me então ao pensamento
a tua testa nevada,
os teus meigos, vivos olhos,
a tua face rosada,
os teus dentes cristalinos,
a tua boca engraçada.

Qual, Marília, a estrela d'alva,
que a negra noite afugenta;
qual o sol, que névoa espalha,
apenas a terra aqueita;
ou qual íris, que o céu limpa,
quando se vê na tormenta.

Assim, Marília, desterro
triste ilusão e demência;
faz de novo o seu ofício
a razão e a prudência;
e firmo esperanças doces
sobre a cándida inocência.

Restauero as forças perdidas,
sobe a viva cor ao rosto,
gira o sangue pela veia
e bate o pulso, composto.
Vê, Marília, o quanto pode
contra os meus males teu rosto!

*t*u já te mudaste;
e a olaia frondosa;
aonde escreveste
a jura horrorosa,
tem todo o vigor.
Marília, escuta
um triste pastor.

Los versos que aquí publicamos proceden de la *Lira* XXIII del poemario *Marília de Dirceu*, de Tomás Antonio Gonzaga.¹ La *olaia* (*Cercis siliquastrum*) se conoce en español como “el árbol del Amor” o “el árbol de Judas”; se le llama de este segundo modo porque, según una vieja leyenda, Judas se ahorcó de una de sus ramas, y eso explica, en la tradición popular, el porqué este árbol crece torcido, y sus hojas, que eran blancas –símbolo del Amor– se tornaron rosadas –por el rubor de la vergüenza–.

En esa lira el poeta expresa su sentimiento por la ausencia de la persona amada y le recrimina el que hubiese roto su juramento. La “*olaia* frondosa del Saturno portugués” era un viejo tópico de la fecundidad de la poesía lusitana, y la “mudanza” o la “inconstancia” de la pastora idealizada era otro muy usado por los poetas arcádicos. De él se sirven, por ejemplo, Pedro Antônio Correia Garção: “[...] *Chegou, Marília, de mudar-te o dia*”,² y hasta el polifacético Manuel Maria Barbosa du Bocage en sus quejas “contra a mudança de Marília”.³ Pero el sentido ambiguo que aquí tiene la *olaia*, entre el amor y la traición, por ocul-

En el marco de un programa de coedición entre EDUPS y el FCE se publicará por primera vez en español y en texto bilingüe el célebre libro de Tomás Antonio Gonzaga sobre *Marília de Dirceu*. Agradecemos al traductor, al FCE y a la EDUPS el permiso para publicar un fragmento de este libro que forma parte del programa de coediciones mencionado.

¹ En la edición de Manuel Rodrigues Lapa, *Poetas completas*, Río de Janeiro, Ministério da Educação e Cultura/Instituto Nacional do Livro, 1957.

² “Soneto II”, en Correia Garção, *Obras completas*, texto fixado, prefácio e notas por Antônio José Saraiva. vol. 1, *Poesía lírica e satírica*, Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1982, p. 4.

³ “*Queixumes contra a mudança de Marília*”, en Bocage, *Sonetos*, Lisboa, Editores Santos & Vieira [s.a.], p. 57.

to o implícito, revela ya una nueva estrategia poética, que se insinúa por entre la filigrana de estos versos, hechos de las figuras y metáforas comunes de su tiempo y, como escribe Antonio Candido, “de sufrimiento, orgullo, esperanza, pero también de gracia elegante y sentido de la belleza”. Y eso quizás ayudaría a entender la fama inmensa que tuvieron los versos de *Marília de Dirceu*, aun antes de su primera edición en 1792, pues se convirtió –escribía Manuel Bandeira– “en la obra lírica amorosa más popular de la literatura en lengua portuguesa, y ningún poema, excepto *Os Lusíadas*, de Camões, se ha reeditado tantas veces”.⁴

Tomás Antonio Gonzaga –cuarentón, funcionario de la corona portuguesa en la idílica ciudad brasileña de Ouro Preto– comenzaba a dirigir sus liras, hacia 1785, o poco después, para cautivar a una hermosa jovencita de diecisiete años, llamada Maria Dorothea Joaquina de Seixas, la *Marília* de los versos, y lo hacía al mismo tiempo en que, mediante unas fingidas *Cartas chilenas*, fustigaba anónimamente a un corrupto gobernador. Aunque triunfante en ambas estrategias, el amor y la política mostraron una vez más su enemistad. El poeta fue acusado de un crimen de lesa majestad, en la víspera de su matrimonio con Marília. En la cárcel, Gonzaga escribió la parte más conmovedora de sus liras. Deportado de por vida, en 1792, a Mozambique, el poeta casó poco tiempo después con la hija de un funcionario y comerciante relativamente acomodado y murió en 1810. Marília permaneció soltera, fiel al juramento empeñado en aquella imaginaria *olaia*, y falleció en 1853, con más de ochenta y cinco años de edad. ❧

⁴ *Panorama de la poesía brasileña*, México-Buenos Aires, 1951 (Tierra Firme, 51), p. 9.